

## ***Continuidad y cambio en la historia Centroamericana del siglo XIX\****

*Carmen Collado, Silvia Dutrénit, Diana Guillén, Mónica Tousseint, Pablo Yankelevich*

La comprensión de la actual crisis centroamericana plantea la necesidad de recurrir a la Historia como la fuente que nos brinda los elementos necesarios para ubicar al presente en su cabal especificidad. Ya sea remontándonos al siglo XIX, cuando tiene lugar la conformación de los estados nacionales contemporáneos, o a través de un vistazo al siglo XX, caracterizado por la injerencia de las grandes potencias, la militarización de la región y el surgimiento de nuevos sectores sociales, por mencionar algunos ejemplos, la historiografía entendida como el estudio del hombre social en su devenir a través de los tres grandes planos que componen el tiempo, es fundamental para el ejercicio de las ciencias sociales. En este sentido, es notorio cómo desde hace un par de años a la fecha han proliferado en México mesas redondas, foros y conferencias acerca del problema centroamericano y su relación con nuestro país. Son obvias sus causas y válida su preocupación; sin embargo, entendemos que se deben trascender los marcos del estudio coyuntural para dar paso a la investigación sobre la realidad histórica de América Central, en la seguridad de que sólo allí encontraremos las claves que permitirán conocer y aprehender dicha realidad, objeto de tantas discusiones.

Para el estudio de la historia centroamericana del siglo XIX se presentan tres temas fundamentales. El primero se refiere a la persistencia del modelo colonial a lo largo de varias décadas después de proclamada la independencia hasta el inicio de las modificaciones que, con la introducción de nuevos productos de exportación, replantean la estructura social centroamericana. El segundo aborda las reformas liberales que, llevadas a cabo con diferente intensidad en cada caso, sentaron las bases de los actuales Estados nacionales. Y por último, se analizan aspectos singulares del desarrollo histórico centroamericano centrados en el problema del unionismo.

En relación con el primer tema, la persistencia del modelo colonial permite explicar las tendencias hacia la unión y la disgregación que se sucede como resultado inmediato de la emancipación. Diversos estudios como el de Pérez Brignoli y Ciro Cardoso,<sup>1</sup> el de Woodward,<sup>2</sup> Floyd<sup>3</sup> o el de Wortman<sup>4</sup>, abren importantes vertientes para compren-

\* Ponencia presentada en la Mesa Redonda *Relaciones Históricas México-Centroamérica*, realizada en San Cristóbal, Chis, los días 25, 26 y 27 de noviembre de 1985.

<sup>1</sup> Ciro F. S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, *Centroamérica y la economía occidental (1520-1930)*, San José, Universidad de Costa Rica, 1977.

<sup>2</sup> Ralph Lee Woodward, *Privilegio de clase y desarrollo económico*, San José, EDUCA, 1981.

<sup>3</sup> Troy S. Floyd, "Los comerciantes guatemaltecos, el gobierno y los provincianos, 1750-1800", en *Economía de Guatemala en los siglos XVIII y XIX*, Guatemala, Editorial Universitaria, 1974.

<sup>4</sup> L. Miles Wortman, *Government and Society in Central America 1680-1840*, Nueva

der la fragmentación centroamericana a partir de la estructura socioeconómica generada en la última parte del siglo XVIII y que se prolongó hasta mediados del siglo XIX. Intentando responder a la gran pregunta de por qué surgen cinco países al desaparecer el poder español que daba unidad administrativa al Reino de Guatemala, estos autores se han lanzado hacia el análisis estructural dejando de lado la lógica de las interpretaciones tradicionales que privilegian la participación de los "grandes personajes históricos" o los hechos militares.

Es pertinente señalar también la importancia de la geografía centroamericana y la particular distribución de la población como base en la que se asienta la economía y la preeminencia guatemalteca. En este sentido, se rescata lo apuntado en los trabajos de Severo Martínez Peláez<sup>5</sup> y Mc Leod.<sup>6</sup>

El istmo centroamericano se caracteriza por su estrechez y largura, así como por lo abrupto de su territorio. Resulta así que, desde un principio, Costa Rica quedó virtualmente aislada en el extremo sur, y para Chiapas, debido a lo accidentado de la región, era más fácil la comunicación con la Nueva España. Los ríos y, sobre todo, la naturaleza montañosa de la región impidieron el acceso expedito de un territorio a otro; además, encarecieron el transporte con lo cual favorecieron el localismo y la aparición de rivalidades. Honduras configura un caso extremo de aislamiento pues su orografía ha sido una barrera infranqueable para las tareas de promoción y desarrollo económico.

Aunado a lo anterior, la desigual distribución de la población también fue un factor desintegrador. Desde el periodo prehispánico, la mayor parte de la población indígena, de raíz mesoamericana, se estableció a lo largo de la franja costera del Pacífico por tener un clima más benigno, contar con suelos de cenizas volcánicas y un régimen de lluvias más propicio para la agricultura. En cambio, la franja atlántica fue poblada por tribus de origen sudamericano, los miskitos, con menor grado de desarrollo cultural, establecidos en un territorio cubierto de bosques tropicales con suelos arcillosos y fuertes lluvias que lo hacían menos apto para el cultivo. La separación entre ambos litorales se mantuvo vigente durante la Colonia y aún hoy, la denominada costa Atlántica es una zona poco integrada. Precisamente en esta faja se establecieron los intereses británicos que, buscando el control de un posible paso interoceánico, se dedicaron al contrabando y a la exportación de maderas tintóreas.

Esta desbalanceada distribución favoreció a Guatemala, donde se concentró el 48% de la población del Reino. Por otro lado, factores de índole geográfica y política determinaron que el puerto de Santo Tomás, en el litoral caribeño, fuera la vía más importante para la entrada y salida de productos, elementos que contribuyeron, sin lugar a dudas, al mayor desarrollo de la capital en detrimento de las provincias.

En el siglo XVIII, con el advenimiento de los Borbones al trono español, se pusieron en marcha una serie de políticas tendientes a centralizar el poder y a lograr el progreso económico de las colonias. Dichas reformas intentaron modificar la estructura social centroamericana, suplantaron el control ejercido por la Iglesia —dejándolo en manos

York, Columbia University Press, 1982.

<sup>5</sup> Severo Martínez Peláez, *Centroamérica en vísperas de la Independencia*, Guatemala, Instituto de Investigaciones sociales de San Carlos de Guatemala, s.f.

<sup>6</sup> Murdo J. Mc Leod, *Spanish Central America, a socioeconomic history, 1520-1720*, Berkeley, University of California Press, 1973.

de administradores seculares— y favorecieron el fortalecimiento de una elite recién inmigrada de la Península que invirtió vastos capitales en el comercio y las exportaciones de la región, desplazando a los comerciantes criollos de antiguo cuño, que crecieron gracias a la encomienda y a otros privilegios que les otorgaron los Habsburgo.

Las principales actividades económicas centroamericanas durante esta etapa fueron la agricultura añilera, la ganadería y la minería, fundamentalmente la extracción de plata. La administración borbónica intervino activamente en la dirección y fomento de dichas actividades, pero no siempre consiguió sus metas.

El ciclo del añil llegó a su apogeo al finalizar el siglo XVIII; era indudablemente el principal rubro de exportación de la región y el que la incorporó a la dinámica del mercado mundial. Producido principalmente en El Salvador, Guatemala y parte de Nicaragua, alcanzó gran demanda gracias al desarrollo de la industria textil inglesa; entre una tercera parte y la mitad era cultivado por poquiteros carentes de capital, supeditados a los préstamos que los comerciantes les adelantaban. Así se creó una red que iba de los comerciantes guatemaltecos a los funcionarios, comerciantes y hacendados locales y de éstos a los poquiteros. Este producto se comercializaba en Guatemala y, gracias al monopolio, la elite guatemalteca se convirtió en la principal beneficiaria de esa actividad. Al iniciarse el siglo XIX entró en su fase depresiva el ciclo del añil, afectado por las plagas, el descenso de la demanda y el surgimiento de nuevas zonas productoras del tinte en la India.

La ganadería de Nicaragua, Honduras y parte de Costa Rica tuvo un ciclo similar al del añil, debido al aumento en la demanda de animales para transporte, así como de cueros para guardar el colorante y la carne. El ganado se transportaba hacia Guatemala y sus precios, al igual que los del añil, se fijaban en ferias y los determinaba, en gran medida, el sector dominante guatemalteco.

El ciclo de la plata hondureña alcanzó su clímax en la primera parte del siglo XVIII; pero la escasez de mano de obra, el atraso tecnológico y el propio agotamiento de los filones determinaron el fracaso de todos los intentos de fomentar la producción. Por otra parte, tampoco esta actividad escapó al monopolio capitalino ejercido mediante la práctica de *adelantos*.

Los beneficios de la economía centroamericana recayeron especialmente sobre la elite guatemalteca —integrada por inmigrantes—, gracias a sus estrechos lazos de sangre y de negocios con su equivalente gaditana y a la liquidez de que gozaba. Si bien las reformas borbónicas favorecieron el surgimiento de este grupo comercial monopolista, una vez que éstas se afianzaron, la Corona intentó limitar su poderío, cambiando el lugar de las ferias del añil y del ganado, y abriendo los puertos de Omoa, San Juan del Norte y Trujillo para favorecer el desarrollo provincial. Pero estos intentos fracasaron debido a los poderosos intereses guatemaltecos, que se encargaron de la comercialización llegando a controlar incluso el proceso productivo. Con la creación del Consulado de Comercio de Guatemala, en 1793, este grupo monopólico pudo defender con más éxito sus intereses. A pesar de la exigencia oficial de que los cosecheros tuvieran una participación igual a la de los comerciantes en el seno del Consulado, la crisis añilera convirtió en avasallador el control del monopolio comercial guatemalteco.

Aprovechando las ventajas políticas, geográficas y demográficas que para su desarrollo gozaba la capital del Reino, el sector comercial se

enriqueció y participó activamente en los destinos de Centroamérica. Como contrapartida, se gestó gran resentimiento y rivalidad entre los principales productores provincianos, que veían cómo sus ganancias eran acaparadas por los guatemaltecos. Así, la contradicción entre la capital y la provincia existía desde mucho antes de la independencia y habría de devenir en la segregación de la región. Pero también en el interior de las distintas provincias había pugnas y enfrentamientos entre las diversas oligarquías que detentaban el poder a nivel local.

En este contexto debe ser analizada la proclamación de la independencia. Sin guerra revolucionaria, los auténticos beneficiarios del antiguo orden accedieron a la emancipación. Las autoridades coloniales permanecieron en sus puestos dando continuidad política a un régimen por demás injusto.

Así, en 1821, afloró el conjunto de contradicciones que encerraba la sociedad. El predominio guatemalteco, que había condenado a la pobreza a las distintas provincias centroamericanas al favorecer su desintegración en multitud de economías regionales, posibilitó en aquéllas el surgimiento de un poderoso espíritu localista.

Las rivalidades originadas por los desequilibrios en el desarrollo de la región fueron semillas de disgregación y, al desaparecer la autoridad colonial, emergieron las diferencias entre los distintos grupos provincianos, generalizándose la anarquía, sobre todo en países como Nicaragua y Honduras, en los que el carácter arcaico y complementario de su economía retrasó el establecimiento de un grupo social hegemónico.

En la emancipación las oligarquías provinciales vieron no sólo la posibilidad de liberarse de España, sino también —y sobre todo— de Guatemala. De ahí que en los últimos meses de 1821 la proclamación de la independencia se acompañara de una violenta lucha de facciones: aquéllos que aceptaron el Acta Guatemalteca, enviando representantes a la capital del Reino a fin de conformar un congreso que diera bases legales para la constitución de un nuevo régimen, y los que decidieron unir su suerte a los destinos mexicanos.

Frente a las circunstancias que prevalecían, la anexión a México resultó la alternativa más viable para la supervivencia de la oligarquía capitalina, en tanto que el intento iturbidista y las fuerzas reaccionarias que lo sustentaron vieron en la inestabilidad reinante en Centroamérica una excelente oportunidad para ampliar las fronteras imperiales.<sup>7</sup> Esta experiencia, de efímera duración y teñida de luchas, decantó en el temprano liberalismo centroamericano que tomó cuerpo a partir de la

<sup>7</sup> La historiografía, tanto del siglo XIX como del XX, que aborda la etapa de expansión imperialista mexicana es bastante pobre en sus interpretaciones; la mayor parte de los autores atribuye dicho proyecto a la simple ambición territorial sin profundizar en los intereses que pudieron haberla sustentado. Algunos otros, fundamentalmente los centroamericanos, enfatizan en los lazos históricos, comerciales, culturales, administrativos y políticos de Mesoamérica durante el periodo prehispánico y el de la Nueva España con el Reino de Guatemala durante la Colonia. Entre otros autores, véase:

Lucas Alamán, *Historia de México*, vol. 5, México, Editorial Jus, 1942; M. S. Alperovich, *Historia de la Independencia de México, 1810-1824*, México, Editorial Grijalbo, 1967; Alejandro Marure, *Bosquejo histórico de las revoluciones de Centroamérica. Desde 1811 hasta 1834*, 2 vols., Guatemala, Ministerio de Educación Pública, 1960; Julio César Pinto Soria, *Guatemala en la década de la independencia*, Guatemala, Editorial Universitaria, 1978; Rafael Heliodoro Valle, *La anexión de Centroamérica a México. (Documentos y escritos de 1821)*, México, Editorial Porrúa, 1971, (archivo histórico diplomático); Josefina Zoraida Vázquez, "Los primeros tropiezos", en Daniel Cosío Villegas, *Historia General de México*, vol. 3, México, El Colegio de México, 1976.

creación de la República Federal, donde la figura de Morazán cubriría quince años del acontecer político. Sin una sólida estructura económica que diera sustento al proyecto morazánico, América Central se convirtió en un enorme campo de batalla, donde las oligarquías locales dirimieron múltiples disputas, al tiempo que el poder clerical —duramente golpeado por las posturas radicales— contraatacó con éxito. La federación fracasó y Morazán fue derrotado por un ejército compuesto principalmente de elementos indígenas.

Con el fraccionamiento de la República se incrementaron los conflictos armados. En medio de una sucesión de guerras civiles, consecuencia de las aspiraciones hegemónicas guatemaltecas y de las continuas pugnas de facciones, producto de conflictos locales y ambiciones personales, se desarrolló una permanente inestabilidad institucional, en la cual el caudillismo se constituyó en forma de manifestación de relaciones políticas.

Se inició entonces un proceso dominado por el conservadurismo a la sombra del caudillo guatemalteco Rafael Carrera, quien controló la escena centroamericana en un ambiente lleno de rivalidades políticas que trascendían las fronteras nacionales. Al imponer gobernantes adictos a sus intereses, Carrera buscó siempre destruir los gobiernos leales a las tradiciones liberales de Morazán, con el fin de mantener la relativa debilidad de aquéllos y asegurar la permanencia de la supremacía capitalina. En este sentido, la alianza de Carrera con las fuerzas reaccionarias inaugura y sella un periodo de restauración conservadora al convertirse este personaje en un interlocutor válido de los elementos clericales y los sectores terratenientes mercantiles.

El predominio de Carrera en Centroamérica coincidió con un nuevo auge del ciclo de la grana y el añil. El sector dominante guatemalteco, mediante el apoyo al caudillo, abrigó esperanzas de mantener y afianzar el control sobre estos cultivos, preservando la estructura de producción y comercialización que en definitiva favorecía la continuidad de su preponderancia.

De tal suerte, podemos caracterizar la economía de la región centroamericana en la primera mitad del siglo XIX como una continuidad de la colonial. A excepción de Costa Rica, que experimentó un desarrollo temprano centrado en la exportación del café, en Guatemala y El Salvador reaparecieron cultivos de origen colonial, mientras que en Honduras y Nicaragua persistió el aislamiento regional sobre la base de economías locales en las que prevaleció la autarquía, generalizándose con ello el caos político.

Varios factores se conjugaron para explicar la decadencia del monopolio ejercido por la antigua capital del Reino y la desaparición de la estructura económica colonial: la fragmentación política de la región, la desaparición de la figura caudillesca de Carrera, el cambio de las rutas comerciales que privilegiaban a Guatemala y el desplazamiento del añil y de la grana ante la aparición de los colorantes sintéticos.

De esta forma, alrededor de los años cincuenta del siglo XIX, una idea parece perfilarse en los Estados centroamericanos. Es la que tiene relación con el carácter agrícola de sus economías en el sentido de fomentar los cultivos idóneos para vincularse al mercado exterior. Esta concepción de las realidades ístmicas estimuló el desarrollo de nuevos cultivos, en la medida que los productos tradicionales de exportación perdían competitividad en el mercado mundial. Más adelante se haría evidente una de las pocas diferencias notorias entre liberales y conser-

vadores: la promoción, por parte de los primeros, de transformaciones sustanciales en las estructuras nacionales que favorecieron los cambios en el agro. Así lo señalan los historiadores Cardoso y Pérez Brignoli.<sup>8</sup>

El café se introdujo en cuatro de las economías de la región y en torno a su necesaria presencia se modificó radicalmente la obsoleta estructura colonial. Si bien su cultivo ocupaba un reducido porcentaje de los suelos para apoyar la realización y expansión de la economía cafetalera, en cada país fueron indispensables diferentes procesos relacionados con la tenencia de la tierra, la mano de obra y la capacidad de poseer capital o adquirir créditos; Costa Rica —con ciertas peculiaridades que veremos más adelante—, Guatemala y El Salvador son los casos típicos de estas economías. Nicaragua no pudo incorporarse a esta economía sino tardíamente y de manera deformada, entre otras cosas por el enorme peso de la hacienda ganadera; en este país el café no produjo un reordenamiento de las actividades y, por tanto, no determinó modificaciones en las estructuras. En Costa Rica la temprana introducción y expansión del café, favorecida por procesos particulares —tales como la ausencia de estructuras de peso heredadas de la Colonia, la desamortización de terrenos baldíos y la compra-venta de tierras expropiadas con anterioridad—, redundaron en el mantenimiento y extensión de la estructura parcelaria conformada en la Colonia. Dos elementos parecen obligar a este desarrollo: uno, relacionado con la crónica escasez de mano de obra y, otro, con la limitada capacidad de recursos financieros de los grandes cafetaleros.

En Guatemala y El Salvador, en cambio, la herencia colonial se alteró con las reformas liberales. En el caso guatemalteco se procuró crear una nueva propiedad libre de trabas: se nacionalizó la poderosa propiedad eclesiástica, se legisló sobre la política de venta y distribución de baldíos y se suprimió el censo enfitéutico. Como una medida necesaria para la expansión, se multiplicó la propiedad privada de la tierra, pero no se abolió el sistema de ejidos y tierras comunales, pese a que provocó el desposeimiento de los campesinos. Lo contrario sucedió en El Salvador, donde se fijó como prioritaria la extinción de dichas tierras. Al despuntar 1850, se dictaron las primeras medidas promotoras para el cultivo de café, marcadas por la distribución de tierras con la condición de dedicarlas exclusivamente al nuevo cultivo. Pero fue en los ochenta cuando se expropiaron las tierras ejidales y comunales, ubicadas en la zona central, al ser las únicas aptas para ese cultivo. Con esto se provocó una transformación radical al desposeer a miles de campesinos y liberar mano de obra. Las propiedades eclesiásticas, en este caso, no eran de importancia.

La mano de obra fue otro aspecto vital en el perfil que adquirió la expansión y su consecuente influencia en las nuevas estructuras. La indispensable fuerza de trabajo, sobre todo en época de cosechas, determinó parte de las medidas adoptadas por los países, que pese a ser diferentes en cada situación, produjeron efectos similares al garantizar abundante oferta de mano de obra, mal pagada e indefensa frente a los plantadores y al Estado mismo.

La necesidad de financiamiento para la expansión cafetalera, caracterizada por lo costosa en sus inicios, propició la llegada de capital extranjero que, con diferente intensidad según las economías nacionales, generó una forma de dependencia estructural. Honduras se desenvol-

<sup>8</sup> Cardoso y Pérez Brignoli, *op. cit.*

vió de manera singular en este proceso. La promoción de la agricultura del café no dio el resultado esperado, en parte debido a trabas geográficas, que dificultaban las comunicaciones, elevando el costo de su producción hasta convertirlo en incosteable. Ante este fracaso, el proyecto liberal hondureño replanteó la explotación minera al hacer de la inversión extranjera el eje a cuyo alrededor se dinamizó el desarrollo. Esta política encontró su continuidad a principios del siglo XX en la conformación y consolidación del enclave frutero en la costa norte.

El agotamiento de la prolongada estructura colonial se concretó al aumentar las exigencias de cambios provocados por la expansión de los nuevos productos competitivos que, como se ha señalado, articulaban la región con el mercado exterior.

A medida que se subvertía desde la raíz el orden colonial, se delineaba el eje de la matriz agroexportadora centroamericana. Los sectores emergentes, gérmenes de las actuales oligarquías, directamente interesados en las transformaciones, las impulsaron. Actuaron guiados por un proyecto integral que procuraron aplicar desde el Estado. Este aspecto configura el segundo tema que abordamos en torno al estudio de la historia centroamericana.

El proyecto puesto en marcha retomó algunas de las ideas e intentos del primer liberalismo istmico, plasmados en tiempo de la Federación y aplicados básicamente en Guatemala. En esencia las medidas establecían la secularización de los bienes eclesiásticos, la separación de la Iglesia y el Estado y la consecuente libertad de cultos. Se promovió un programa de colonización de tierras a expensas de las realengas, programa que devino, en algunos casos, en un reacomodo de formas de tenencia de la tierra. También se estimuló la actividad agrícola. Las reformas educativas impulsaron el sistema lancasteriano y, en el orden judicial, se implantó el juicio por jurados.<sup>9</sup>

Las medidas de corte liberal fueron segadas cuando se consolidó el poder de Carrera; sin embargo, Costa Rica, gracias a su temprana expansión cafetalera, constituyó la excepción, pues el obrar de Carrera no modificó su paulatina transición hacia un Estado liberal.

Con la muerte del caudillo en 1865 se acentuó la descomposición conservadora y se percibieron los inicios de la Revolución liberal que triunfó primero en Guatemala en 1871. El predominio de la vieja capital del Reino aún se sentía en el resto de la región, por lo que el proceso impulsado por Justo Rufino Barrios se reflejó en los estados vecinos, básicamente en El Salvador y Honduras, con lo cual los modelos liberales estuvieron respaldados por aquél llevado a cabo en Guatemala. En El Salvador, la caída del conservador Francisco Dueñas y el ascenso al poder de los liberales Santiago González y Francisco Zaldívar fueron influidos por las directrices del gobernante guatemalteco; otro tanto sucedió en Honduras con Marco A. Soto y Francisco Bográn. Estos hombres fueron los que, con apoyo de Barrios, dictaron la mayoría de las reformas liberales en sus países.

La redefinición y puesta en práctica del modelo liberal se llevó a cabo

<sup>9</sup> Detrás del sistema lancasteriano y de la implantación del juicio por jurados subyacía un duro ataque contra parte de los derechos coloniales de las elites. En el caso de la educación, la Iglesia y los grupos que la apoyaban se opusieron al sistema lancasteriano por considerarlo una injerencia del Estado en un terreno que, como la educación, se había mantenido en sus manos durante casi trescientos años. En cuanto al juicio por jurado equivalía a la aceptación de la igualdad ciudadana; es decir, abría la posibilidad de que un "aristócrata" pudiera ser juzgado por un simple comerciante.

con toda suerte de acciones represivas pese a que contradecían el espíritu de la ideología liberal. Un ejemplo de esta situación se presentó en Guatemala con las medidas de coacción contra los trabajadores y las disposiciones violatorias a la libertad de prensa entre otras.

Era evidente la ausencia de mecanismos idóneos que hicieran efectivas las instancias de participación de las clases dominadas. En Centroamérica, los partidos políticos, fuente de las luchas por el poder, no tuvieron ese papel, pues no se constituyeron como canales de presión con proyectos definidos; más bien lo que privó fue una sucesión de caudillos autodenominados liberales, quienes generaron en torno suyo consenso y formas de oposición. Los partidos, más que profundas diferencias ideológicas, expresaban aspiraciones casi personales y el cambio gubernamental continuó como algo cotidiano. Esto significó que los golpes de Estado, una vez más, resultaran la modalidad más usual para la alternancia del poder. La realidad se mostraba como una prolongación de las formas políticas usuales en el siglo XIX. Para Honduras sería a comienzos de 1930 cuando llegarían a su fin las luchas entre grupos y las permanentes contiendas civiles.

Al no desarrollarse en la región un verdadero sistema electoral que permitiera el cambio de gobernantes, lo que por definición sucedió fue un reacomodo de las relaciones Estado-Iglesia-masas populares, buscando encontrar un nuevo equilibrio para que dichas relaciones pudieran asegurar cierta estabilidad político-institucional.

En la década de los setenta se dio un cambio notorio en la legislación dirigido a modificar el sistema de tenencia de la tierra en provecho de los grupos oligárquicos dedicados a la exportación; en este caso, las realidades difieren en cuanto a los grupos o instituciones afectadas. En Guatemala, las medidas expropiatorias tenían relación con los bienes eclesiásticos que significaban una traba para el desarrollo nacional. En el caso salvadoreño estuvieron enfocadas a las tierras ejidales y comunales, que se expropiaron en su totalidad. Costa Rica, en cambio, con un proceso paulatino pero temprano de reparto de tierras, consolidó la pequeña y mediana propiedad, proceso que derivó en la participación de un amplio sector de productores dedicados a la economía de exportación.

Se promulgaron medidas legislativas en el campo civil, penal y administrativo, para proveer de la mano de obra necesaria a la naciente economía. En términos generales, se centralizaron las funciones esenciales y se subordinó a la Iglesia al secularizar sus bienes y crear un amplio registro civil. El carácter radical de estos mecanismos y su cumplimiento dependieron, en buena medida, de la capacidad de los sectores oligárquicos que los impulsaron. Es pertinente mencionar que en Nicaragua el proceso de reformas fue tardío y poco radical, como consecuencia de la debilidad del grupo liberal que las promovía; además, la profunda rivalidad interoligárquica y la posterior intervención norteamericana fueron factores que también obstaculizaron la consolidación de las reformas.

En Centroamérica, el viejo orden fue reemplazado por otro que fortalecía los poderes del Estado.<sup>10</sup> Se reorganizó el poder judicial atendiendo a una relativa profesionalización de su administración. Para servir al modelo se instrumentaron las medidas necesarias en la educación, formando en adelante cuadros útiles al sistema político, independientes de la influencia religiosa.

<sup>10</sup> El caso guatemalteco destaca debido a que este proceso, de manera similar a lo sucedido en México, se realizó a costa de la Iglesia.

Así se sentaron las bases de los nuevos estados, autoritarios desde su inicio, con economías débiles y estrictamente supeditadas a la monoexportación. En el caso de las economías de enclave, especialmente en Honduras, la presencia extranjera fue un elemento decisivo para conformar el Estado nacional, lo cual sucede de manera tardía al igual que su definitiva incorporación al mercado internacional.

El papel que desempeñó el estado liberal centroamericano, como promotor del desarrollo y represor de todo elemento que significara impedimentos al modelo, coadyuvó al proceso de acumulación interna de los sectores productores y exportadores al consolidar grupos oligárquicos unidos estrechamente al capital extranjero.

Finalmente destacamos el unionismo centroamericano como otro de los problemas relevantes en la historia de la región a lo largo del pasado siglo y gran parte del presente.

No es éste el espacio para hacer un recuento histórico de cada uno de los movimientos unionistas —que por cierto suman más de veinticinco desde la disolución de la República Federal en 1838—; sin embargo nos parece pertinente destacar las constantes a tomar en cuenta para el estudio de este recurrente fenómeno.

Numerosa es la literatura acerca de los diversos intentos para unir a las cinco regiones y futuras repúblicas. Las glorias que la unificación hubiera traído, al lado de la tragedia que conllevó el separatismo, es un lugar común en los estudios tradicionales sobre la materia. La hipótesis más frecuente sostiene que si a lo largo de tres siglos de dominación española los centroamericanos formaron una unidad política, con tan firmes raíces podría esperarse que continuasen funcionando como un solo organismo después de la independencia.

Sobre estas supuestas “condiciones históricas similares” se plantean problemas tales como el de una defectuosa organización constitucional, los errores en que cayeron los constituyentes del 24, la cuestión de la representatividad, la existencia de una Cámara de Senadores con poderes limitadores de los del Ejecutivo, las dilucidaciones en torno a la polémica de una república federal o central, el conflicto de la capitalidad, etcétera.

Unido a esto, la historiografía tradicional, proclive al maniqueísmo, nos muestra una larga sucesión de enfrentamientos verbales y armados, entre conservadores, moderados o serviles y liberales, exaltados o fiebres; unos centralistas, federalistas los otros, separatistas y unionistas los demás.<sup>11</sup> Oposición de corte ideológico, pero de difícil rastreo en el nivel de la estructura económica, pues más allá del discurso, los límites entre unos y otros parecen bastante laxos y las fidelidades por demás dudosas. Es común encontrar en la historia centroamericana liberales aliados a sus enemigos, o viceversa.

Para terminar de complicar el panorama encontramos el achaque permanente de la injerencia extranjera —fundamentalmente británica, con su cónsul Chatfield— entre las causas que condujeron a la disolución de la república federal. La conspiración foránea se convierte en la causa última a partir de la cual se explican los sucesivos fracasos de cualquier nuevo proyecto de unidad.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Cfr. vid. Cardoso y Pérez Brignoli, *op. cit.*

<sup>12</sup> Cfr. vid. Thomas L. Karnes, *Los fracasos de la unión*, San José, Instituto Centroamericano de Administración Pública, 1982; Mario Rodríguez, *Chatfield, cónsul británico en Centroamérica*, Tegucigalpa, Banco Central de Honduras, 1970.

Creemos que desde estas variables poco se puede avanzar en el conocimiento y explicación de un fenómeno tan complejo y determinante en la vida de los estados centroamericanos.

En primer lugar debemos partir del entendimiento de que la región centroamericana, como objeto de conocimiento histórico, muestra una diversidad de condiciones, aspectos y procesos difícilmente comprensibles en su generalidad, sin dirigir al mismo tiempo la mirada hacia cada una de las áreas que la conforman. Debemos entender la diversidad en la unidad regional, poniendo de manifiesto tanto las diferencias como las similitudes del desarrollo histórico.

América Central conforma una región, existen rasgos comunes en su constitución, producto no sólo de una historia compartida sino también de una mutua situación geopolítica; pero Centroamérica está a la vez conformada por áreas, localidades y espacios geoeconómicos que, de no ser tomados en cuenta, poco se avanzará en la dirección correcta. Desconociendo estas especificidades o mal informados, el fenómeno unionista se nos presentará como una especie de entidad ininteligible de una lucha fratricida entre guatemaltecos y provincianos o como una prolongada sucesión de pactos, acuerdos, conferencias y alianzas entre dos o más naciones de la región. En otras palabras, sin un esfuerzo de comprensión de las realidades particulares, la eterna oposición salvadoreña-guatemalteca, la Honduras siempre dispuesta a cualquier intento de unidad, las prolongadas guerras civiles nicaragüenses y la posición costarricense de mantenerse distante y no muy comprometida con las propuestas de federación, aparecerán como un mosaico de tendencias y procesos sin demasiadas posibilidades de estructuración lógica.

En segundo término, es necesario tener presente que los tres siglos de dominación española fueron tres siglos de aislamiento, falta de integración regional y de grandes antagonismos y rivalidades. La supuesta unidad de la Capitanía General existió en efecto, pero casi exclusivamente en términos administrativos. Escasos vínculos se encuentran más allá de los institucionales, que por otra parte sólo favorecieron a los sectores dominantes guatemaltecos, sectores que con el correr de los años se fueron moldeando a partir de serias aspiraciones hegemónicas a nivel regional.

El conflicto entre capitalinos y provincianos afloró mucho antes del periodo posindependiente. La densidad y desigual distribución de los centros poblacionales, las dificultades de comunicación, la debilidad de los ciclos de exportación y la estrechez del mercado interno, constituyen problemas estructurales en el análisis de los sucesivos intentos y fracasos unionistas.

En tercer lugar, no debemos perder de vista que en la crisis de independencia y en sus manifestaciones locales —a pesar de encontrarse poco estudiadas— es fácil inferir la presencia de una crisis de autoridad generalizada, acompañada en este caso por una depresión de uno de los tantos ciclos económicos a partir de 1821.

Las guerras de independencia no existieron, vinieron después guerras civiles, favoreciendo el localismo creado por la estructura colonial. La fragmentación política devino entonces de la inevitable descentralización del poder, al surgir del espacio ocupado por la Capitanía General cinco esbozos de Estados nacionales.

Las luchas partidarias entre facciones de sectores productivos (añileros, ganaderos, mineros, cafetaleros, etc.) y los comerciantes, agrupa-

dos indistintamente en el bando conservador y liberal, escinden la vida política centroamericana.

Fuerzas desintegradoras entraron en escena buscando desarrollar formas locales de poder a partir de ciudades o aldeas asiento de minúsculas oligarquías. Las oposiciones no sólo cobraron sentido a partir de los pleitos entre guatemaltecos y provincianos, sino que en el interior de cada área se reprodujeron los enfrentamientos: Guatemala oponiéndose a Quetzaltenango, León a Granada, Cártago a San José, mientras que Tegucigalpa lo hace contra Comayagua. Luchas que revelan formas muy atrasadas —casi familiares— de estabilizar maneras legítimas de ejercicio del poder en el marco de las naciones que se proyectan.

De tal forma, el problema del unionismo no puede ni debe ser desvinculado de las características que revistieron los procesos de conformación y consolidación de los Estados nacionales; al partir de la base de que en América Central el tejido de las relaciones sociales es extremadamente complejo, en el sentido de la inexistencia —durante buena parte del siglo XIX en algunos casos y del mismo XX en otros—, inexistencia decíamos de un grupo o sector de clase capaz de orientar la esfera productiva activando una por demás agotada economía colonial.

A la actuación de poderes disgregantes de orden interno es necesario sumar la presencia extranjera: Inglaterra y los Estados Unidos. América Central, a partir de la independencia, con una estructura débil en su conformación social, se convirtió pronto en el terreno en que estas dos naciones dirimieron sus disputas de orden estratégico y comercial.

La presencia inglesa, de larga data en la región, intentó en el XIX consolidar sus dominios en la vertiente caribeña —Belice, La Mosquitia y los territorios insulares hondureños—. Para una potencia naval y comercial como Inglaterra, Centroamérica no sólo resultaba atractiva en términos económicos, sino y sobre todo en los estratégicos. El control del paso transistmico es el trasfondo de buena parte de sus acciones.

La supremacía de los intereses ingleses cubre la primera mitad del XIX, y el personaje por excelencia es Chatfield. Sin embargo, como lo demuestran los historiadores Mario Rodríguez y Thomas Karnes,<sup>13</sup> la labor de Chatfield en pos del separatismo se inició cuando el diplomático inglés tomó conciencia de que la ruptura de la federación era ya inminente. Al perfilarse Carrera como el gran vencedor de las tropas morazánicas, el cónsul se situó a su lado tratando de hacer prevalecer las demandas británicas en relación con el pago de la deuda federal y la firma de tratados comerciales. A la sombra de Carrera los cañoneros ingleses desplegaron una diplomacia que sin lugar a dudas contribuyó a dividir a una ya desarticulada Centroamérica.

Por otro lado, si bien el interés norteamericano hunde sus raíces desde principios del siglo pasado, será en 1840 cuando los estadounidenses, en el marco de su expansión territorial hacia el oeste y ante la necesidad de comunicar sus dos litorales de una manera rápida y segura, dirigieran la mirada hacia América Central. La región emerge como objetivo geopolítico en el horizonte norteamericano. La Doctrina Monroe y el Destino Manifiesto ampararon las pretensiones hegemónicas estadounidenses frente a Gran Bretaña; en este sentido, la firma del Tratado Clayton-Bulwer en 1850 marca el inicio de la retirada inglesa. De ahí en adelante, Estados Unidos afianza y consolida su dominio en la

<sup>13</sup> *Ibidem*.

región, inaugurando una historia donde se conjugan intereses estratégicos, inversiones de capital e intervenciones armadas, actuación que —lejos de favorecer la unidad— trabajó en dirección opuesta. Recordemos tan sólo la firma del tratado Bryan-Chamorro y el fracaso de la Corte Centroamericana de Justicia, o los pactos a bordo del Tacoma decidiendo el futuro político de Centroamérica.

Aunque escuetamente esbozados, creemos que estos elementos, estudiados en profundidad, pueden echar luz sobre la cuestión del unionismo. Escasos doce años duró la Federación y, desde 1842 hasta bien entrado el siglo actual, los intentos se sucedieron. Ninguno sobrevivió más de un par de meses y muchos no incluyeron a las cinco naciones. No obstante, en el discurso político se insiste en la necesidad y las ventajas de tal propuesta y, más allá de la retórica demagógica de muchos gobernantes, el tema de la unidad aparece para el historiador como un asunto en el que se combina el conjunto del quehacer social de la región, al sintetizarse en él la complejidad de la historia centroamericana.

La categoría de región, su dinámica, las especificidades del desarrollo económico y social, así como las intervenciones extranjeras, dan la pauta para tornar inteligible lo que hasta ahora, salvo honrosas excepciones, constituye uno de los nudos gordianos de la historia de América Central. Por lo tanto, consideramos pertinente una relectura de la historia centroamericana.